

SERMON  
PARA EL CUARTO DOMINGO  
DE ADVIENTO.

SOBRE LAS DISPOSICIONES  
para la Comunión.

*Parate viam Domini; rectas facite semitas ejus.*

Preparad los caminos del Señor; enderezad sus sendas. *Luc. 3. v. 4.*

SEÑOR.

**O**ID lo que la Iglesia nuestra Madre continuamente nos repite en este santo tiempo, para disponernos al Nacimiento de nuestro Señor Jesu-Christo. Preparad, dice, á todos sus hijos, preparad el camino del Señor, que baxa desde el Cielo á visitar y rescatar á su pueblo; enderezad sus sendas; igualense las montañas y los collados; ende-

recense los caminos torcidos, y reunanse los extraviados, ó lo que es lo mismo en el sentido metaphorico: disponeos, nos dice, para recoger el fruto del gran Misterio que vamos á celebrar, con la humildad del corazón, con la dulzura de la caridad, con la rectitud de la intención, con la uniformidad de la vida, renunciando á vuestra propia sabiduría, y á vuestra propia justicia, mortificando la carne y humillando el espíritu.

Permitaseme usar del mismo estilo, Católicos, con los que venís en esta solemnidad á purificaros en el tribunal de la penitencia, para dar un nuevo nacimiento á Jesu Christo en vuestros corazones, recibiendo en la Sagrada Comunión: *Parate viam Domini*. Preparad el camino del Señor; la acción que vais á executar es la mas santa de la Religion, y la fuente de las mayores gracias; no la hagais, pues, sin poner en ella todo el cuidado, y usar de todas las precauciones que pide. No os espongaís á perder, por culpa vuestra, las preciosas utilidades que de ella os deben resultar. *Parate viam Domini*.

La Comunión debe hacer que nazca Jesu-Christo en nuestros corazones; ¿pero qué diferencia habria entre el justo y el pecador, entre el que respeta al Cuerpo del Señor, y el que le trata como una vianda comun, si igualmente naciera en el corazón de todos los que le reciben? No os engañéis, Católicos, en este punto. Hay un modo de recibir á Jesu-Christo que nos hace inutil su presencia; y ojalá que recibiendo de este modo, solamente nos privásemos de las gracias que acompañan á una santa Comunión. ¡Ah Fieles! la Comunión sino hace que nazca Jesu-Christo en nuestros corazones, le hace morir en ellos: si no nos hace partícipes de su espíritu y de sus gracias, es para nosotros el decreto de condenación eterna: si no es para nuestras almas fruto de vida,

es fruto de muerte. Alternativa terrible, que nos debe hacer temblar, aunque no apartarnos del todo de la Sagrada Mesa. El pan que en ella se dá es el verdadero sustento de nuestras almas, la fortaleza de los fuertes, el alivio de los flacos, el consuelo de los afligidos, y la prenda de la feliz inmortalidad: ¡Qué cosa tan peligrosa sería, pues, el privarse de ella! pero lo sería infinitamente mas el acercarse sin haberse preparado. Por eso os repito nuevamente con la Iglesia, amados oyentes míos: *Parate viam Domini*. Preparad el camino del Señor; disponeos de antemano para recibirle; desterrad de vuestros corazones todo quanto puede desagradarle; aprended las disposiciones que pide en los que le reciben; haced los posibles esfuerzos para adquirirlas; no hay otro medio para no exponeros á una indigna Comunión, y para atraer á Jesu-Christo á vuestras almas.

Esta es una materia tan importante, que pide toda vuestra atención. Por una parte, se trata de hacer os evitar una culpa tan terrible como la profanación del adorable Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios: por otra, se trata de enseñaros á lograr con la Comunión todas las gracias que puede producir en vuestros corazones. ¿Cuáles son, pues, estas disposiciones tan esenciales para comulgar dignamente y con fruto? Las reduciré á quatro, que serán el asunto de este discurso. Imploramos, &c. *Ave Maria*.

La Eucaristía es un Manná oculto, es la vianda de los fuertes, prenda sensible y permanente del amor de Jesu-Christo, y continuacion y cumplimiento de su sacrificio. Es necesario, pues, saber distinguir este Manná oculto, de las viandas comunes, para no engañarse: *Non dijudicans Corpus Domini*, (a) que es la prime-

(a) *Corinth. Ep. I. c. II. v. 29.*

ra disposición. Es la vianda de los fuertes; y así es necesario que el hombre se exámine antes de llegar á comerla. *Probet autem seipsum homo*, (a) que es la segunda. Es la prenda del amor de Jesu-Christo, por lo que siempre se recibe en su memoria; esto es, sintiendo con su presencia los movimientos mas tiernos y amorosos que puede excitar la memoria de un objeto muy amado. *Hoc facite in mem. commemorationem*, (b) que es la tercera. Es el cumplimiento de su sacrificio; y así es justo que siempre que llegamos á recibirle, anunciemos su muerte, llegando á la Sagrada Mesa con espíritu de cruz y de martirio. *Quotiescumque manducabitis panem hunc, & calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat*, (c) que es la quarta. Debemos, pues, llegar á la Sagrada Mesa con una fé respetuosa que nos haga discernir; con una fé prudente que nos haga exáminarnos; con una fé ardiente que nos haga amar; y con una fé generosa que nos haga sacrificarnos: esta es justamente la doctrina del Apostol refiriendonos la institucion de la Eucaristía, y la que dán todos los Santos acerca del uso de este adorable Sacramento.

Primera disposición. *Una fé respetuosa que nos haga discernir*: no os parezca, Católicos, que hablo aquí de aquella fé que nos distingue de los incrédulos; porque ¿qué mérito puede haber en creer, quando las preocupaciones de la niñez nos han acostumbrado á ello, y la sumision casi nació con nosotros? Aun el sacudir este yugo costaria mucho trabajo; y no se necesita de menos esfuerzo para pasar de la fé á el error, que del error á la verdad: hablo de aquella fé viva, que llega hasta las nubes que rodean el trono del Cordero; que le vé, no en enigma, y como entre cristales, sino cara á

(a) *Ibid. v. 28.* (b) *Ibid. v. 24.* (c) *Ibid. v. 26.*

cara, si es lícito decirlo así, y como en sí es: de aquella fé, que no obstante el velo con que el verdadero Moysés se cubre sobre esta montaña santa, no dexa de ver toda su gloria, ni de temblar de respeto en su presencia; de aquella fé, que sin profundizar temerariamente la Magestad, se oprime con su resplandor: que vé á los Angeles del cielo cubrirse con sus alas, y á las columnas del firmamento temblar delante de la terrible Magestad de este Rey; de aquella fé, á la que nada pueden añadir los sentidos, y que es feliz, no porque cree sin ver, sino porque casi vé al mismo tiempo que cree. Hablo de aquella fé respetuosa, que santamente se horroriza con sola la presencia del Santuario, que se acerca al Altar como Moysés á la Zarza Sagrada, y como los Israelitas á la montaña que arrojaba rayos: de aquella fé, que siente todo el peso de la presencia de un Dios, y que asustada exclama como Pedro: apartaos de mí, Señor, porque no soy mas que un hombre, y un pecador. Hablo de aquella fé, cuyo respeto llega á temor, y que aun tiene necesidad de que la conforten: que descubriendo desde lejos á Jesu-Christo sobre el Altar, siente un resplandor de Magestad que la hiere, la pára, la turba, la hace temer el que vá á ponerse en su presencia sin su orden.

Este es el discernimiento de fé que el Apostol os pide, Católicos. ¡Gran Dios! ¿Ha quedado algo de esta fé sobre la tierra? ¡Ah! que por mas que os manifesteis al mundo, éste no os conoce mas que antes. Aun vuestros discipulos no os conocen muchas veces sino segun la carne; y como siempre están en vuestra compañía, se acostumbra á ella su vista, y casi no os distinguen. Quando aparezcáis en los ayres sobre una magestuosa nube, se caerán los hombres de espanto: los impíos se ocultarán en profundas cabernas, y pedirán á las montañas que caygan sobre sus cabezas. ¿No estais por ventura en el Santuario como sobre una nube de gloria? ¿No

¿No se abren los cielos sobre vos? ¿No baxan los Espíritus celestiales inmediatamente que acaba el Sacerdote de pronunciar aquellas poderosas palabras, para serviros de ministros, y rodearos de sus respetos? ¿No juzgais á los hombres desde aquel misterioso tribunal? ¿No mirais con distincion á la multitud de adoradores que llena vuestros templos? ¿No separais allí á los cabritos de los corderos? ¿No pronunciais decretos de muerte, y de vida? ¿No teneis allí en una mano coronas, y en otra rayos? ¿No me distinguís allí, y escribís sobre mi frente con una mano invisible los caracteres de mi eleccion, ó de mi reprobacion eterna? ¡Oh Dios! ¡Y acaso al mismo tiempo que vos me estais condenando, yo me atrevo á arrimarme! ¡Al mismo tiempo que me arrojaís de vuestra presencia, yo me presento ante ella con confianza; al mismo tiempo que abris el abismo, acaso para señalarme el lugar que en él me corresponde, me presento temerariamente en vuestra mesa; al mismo tiempo que acaso me colocais entre los hijos de ira, vengo yo á ponerme entre los hijos de amor; vuestra carne vivificadora es para mí carne de pecado; el cordero sin mancha, que rompe los siete Sellos del Libro de la muerte, acaso cierra y llena el ultimo de mis iniquidades; y vos, Señor, que habiais de ser mi Salvador, llegais á ser mi pecado!

¡Ah, Católicos! Antiguamente no se podia ver á Dios sin morir inmediatamente. Un Pueblo entero de Bethsamitas, solo por haber querido mirar con curiosidad el Arca, fue exterminado. El Angel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro, porque se atrevió á entrar en el Santuario de Jerusalén. A los Israelitas no se les permitia en el desierto, ni aún el arrimarse á la montaña en que el Señor daba su Ley; los rayos y relampagos impedían el acercarse; el terror y la muerte precedian por todas partes á la cara del Dios de Abraham, ¿Y qué? Porque no salen hoy torrentes de fuego de nues-  
tros

tros Santuarios para castigar á los profanadores é indiscretos, ya le miramos sin respeto y sin temor? ¡Oh hombres flacos, sobre quienes tanto pueden los sentidos, que solo sois religiosos quando el Dios que adorais es terrible! ¿Decidme, si distinguieramos el Cuerpo del Señor; si la fé de su presencia hiciera en nosotros tan grandes impresiones como haría si le viesemos claramente con los ojos corporales, llegaríamos tan tranquilos, y casi insensibles, á sentarnos á su mesa? ¿Bastaria para disponerarnos á una acción tan temible el haber dedicado antes algunos momentos á rezar con un corazón tibio, y un espíritu distraído, algunas cortas oraciones? ¿Os parece que la Comunión es negocio de una mañana que se quita al sueño, ó á los cuidados domésticos? ¡Ah! Que este cuidado debiera ocuparnos, y traernos inquietos un mes antes; tendríamos necesidad de mucho tiempo para asegurarnos, si es lícito decirlo así, contra nuestro propio respeto, y contra la idea de su Magestad: los días que precediesen serian días de retiro, de silencio, de oración, de mortificación: cada día que se acercase á este feliz termino, vería crecer en nosotros nuestro temor, y nuestra alegría: este pensamiento nos acompañaria en todos nuestros negocios, en todas nuestras conversaciones, en nuestras comidas, en nuestro descanso, y aun en nuestro sueño: nuestro espíritu lleno de fé, no podría desembarazarse de él: solamente veríamos á Jesu-Christo; la figura del mundo, lejos de encantarnos, apenas nos moveria; tendríamos ojos, y no veríamos; sola esta imagen sería el objeto de nuestra atención; y esto es lo que se llama distinguir el Cuerpo del Señor.

Bien sé que el alma mundana siente unos secretos temores al acercarse una solemnidad, en que el decóro, ó acaso la ley, la obligan á llegar á la Sagrada Mesa. Pero ¡oh Dios mio! vos que penetráis lo íntimo del corazón, ¿de qué nacen estas turbaciones? ¿son acaso aquellos temores de fé y de religión, con que una humil-

de criatura debe llegar á vuestra mesa? ¡Ah! que es una tristeza que causa la muerte; son unas inquietudes que nacen de las tinieblas de una conciencia, que es necesario aclarar; está triste é inquieta, como aquel Joven del Evangelio á quien mandasteis que os siguiese; teme estos felices días como días funestos; mira las solemnidades de los Christianos como misterios tristes y lúgubres; se fatiga con las delicias de vuestro banquete; entra en él como los ciegos y cojos del Evangelio, esto es, es necesario que las leyes de vuestra Iglesia saquen, como por fuerza, á estos infelices, de las plazas públicas, de los deleytes del siglo, y del camino real de la perdición, y los traygan contra su voluntad á la sala del festin; retarda quanto puede esta obligacion de la religion; y esta sola memoria ahoga todos sus deleytes. Vos, Señor, veis á estas almas infieles, cargadas con el peso de una conciencia irresoluta, que están indecisas mucho tiempo entre sus obligaciones y sus pasiones: que por ultimo, eligiendo un Confesor indulgente, suavizan la amargura de este paso, y se ponen en vuestra presencia que sois, ¡oh Dios mio! su alimento en este misterio de amor, con tanta repugnancia, como si se fueran á presentar á un enemigo; y que acaso en todo el año no experimentan otro trabajo mayor que el de recibir á un Dios, que con tanto amor se les franquea. ¡Ah, Señor! Tambien vos despreciais invisiblemente estas víctimas culpables, que ván forzadas al Altar, pues no quereis sino sacrificios voluntarios: Tambien os entregais de mala gana á estos corazones ingratos, que contra su gusto os reciben; y si aún fuerais capáz de aquellos santos furors que manifestasteis en el sepulcro de Lázaro, os veríamos enfurecer quando entráis en las profanas bocas, que no son á vuestra vista mas que sepulcros abiertos, así como ellos han gemido mucho tiempo antes de resolverse á tributaros este obsequio.

Confesemos, pues, Católicos, que es muy rara la

fe que nos hace distinguir el Cuerpo de Jesu Christo. Creemos, es verdad, pero con una fé que no llega mas que á la superficie de este Sacramento, sin penetrar su virtud y sus misterios: Creemos, pero con una fé que ciñe todo su merito á sujetarse, y no contradecir: Creemos, pero con una fé leve que la desmienten las obras: Creemos, pero con una fé humana, que es el dón de nuestros Padres segun la carne, y no el dón del Padre de las luces: Creemos, pero con una fé popular, que solo dexa en nosotros unas ideas flacas y pueriles: Creemos, pero con una fé supersticiosa, que solo se ciñe á respetos vanos y exteriores: Creemos, pero con una fé de costumbre que nada conoce: Creemos, pero con una fé insípida, que nada discierne: Creemos, pero con una fé conmoda, y sin consequencias: Creemos, pero con una fé poco ilustrada, que falta, ó al respeto familiarizandose, ó al amor apartandose: Creemos, pero con una fé que cautiva el espíritu, y dexa vagar el corazón: Creemos finalmente, pero con una fé tranquila y vulgar, que nada tiene de grande, de sublime, de digna del Dios que nos dá á conocer. Distinguir vuestro Cuerpo, Señor, con la fé, es gustar mas de este celestial pan, que de todas las viandas de Egipto: Es tenerle por el unico consuelo de nuestro destierro, por el mas tierno alivio de nuestras penas, por el sagrado remedio de nuestros males, y por el continuo deseo de nuestras almas: es hallar en él serenidad en las borrascas, paz en las turbaciones, calma en las inquietudes de la adversidad, asilo contra nuestras desgracias, escudo que oponer á los encendidos dardos que nos asesta el demonio, remedio contra los estímulos de la carne rebelde, y nuevo fervor contra las inevitables tibiezas en la piedad. Distinguir vuestro Cuerpo, Señor, es tener mas cuidado, mas atencion, mas circunspeccion en recibirlos, que en todas las demás acciones de la vida. Distinguir vuestro Cuerpo, Señor, es respetar los tem-  
plos

plos en que se os adora, los Ministros que os sirven, y á nuestros cuerpos que os reciben. Examine cada uno, si acerca de esto oye el testimonio de su conciencia, y es la segunda disposicion; una fé prudente, que nos haga examinar: pruebese el hombre: *Probet autem se ipsum homo.*

*Segunda Reflexion.* Bien sé que nuestro corazón huuye de nosotros mismos; que el espíritu del hombre no siempre conoce lo que pasa en el hombre; que las pasiones nos engañan, los exemplos nos aseguran, y las preocupaciones nos arrastran; que nuestras inclinaciones casi siempre deciden en favor de nuestro corazón; que el probarse á sí mismo es las mas veces confirmarse en los mismos errores. Este es el hombre; oh Dios mio! entregado á solas las luces de su razon, continuamente se muda y se desfigura aun á sí mismo; á vos os conoce muy imperfectamente, y apenas se conoce á sí; no vé con claridad ninguna de quantas cosas le rodean; tiene por luz á las tinieblas; vá de desorden en desorden; quando vuelve en sí, no sale de sus errores; solamente las luces de vuestra fé pueden enderezar sus juicios, abrir los ojos de su alma, servir de guía á su corazón, enseñarle á que se conozca, aclarar los misterios del amor propio, descubrir los artificios de sus pasiones, y hacer un hombre espiritual que juzgue de todo rectamente. Las reglas de la fé son, Católicos, con las que nos hemos de examinar; las doctrinas humanas, las relajaciones introducidas por la costumbre, los exemplos de la multitud, nuestras propias luces son unas guías falaces; y si en alguna ocasion conviene no engañarse, en ninguna tanto como en esta, en que el sacrilegio es la pena del engaño.

¿Pero acerca de qué hemos de examinarlos? ¿acerca de qué? Acerca de la santidad de este Sacramento, y nuestra corrupcion. El es la carne de Jesu-Christo, el pan de los Angeles, el cordero sin mancha, que

no quiere que estén al rededor de su Altar sino los que no han manchado sus vestidos; ó que los han lavado con la sangre de la penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, á quien yo veo llegar con tanta seguridad? ¿Llegas con todo tu pudor, con toda tu inocencia? ¿Has poseído siempre el vaso de tu corazón con honor y santidad? ¿No has manchado tu cuerpo con el cieno de mil pasiones? ¿Tu alma en la presencia de Dios no está como aquel tizon negro de quien habla el Profeta, á quien las impuras llamas de tus primeros años tiznaron y consumieron, sin que haya quedado mas que una horrible reliquia de su violencia? ¿No estás todo cubierto de llagas vergonzosas? ¿Hay en todo tu cuerpo parte alguna que no esté señalada con algun delito? ¿En dónde colocarás, pues, la Carne del Cordero? ¿Descansará acaso sobre tu lengua? ¿Pero esta carne pura ha de descansar sobre un sepulcro que siempre ha exhalado infección y hediondez; esta carne inmolada con tanta dulzura ha de descansar sobre el instrumento de tus venganzas y de tu amargura; esta carne crucificada, sobre el asiento de tus sensualidades y embriaguéces! Baxará á tu corazón: ¿pero hallará allí, acaso, en donde reclinar su cabeza? ¿No has convertido este santo templo en una caberna de foragidos? ¿Quieres colocarla entre tantos deseos impuros, tantas amistades profanas, tantos proyectos de ambicion, tantos movimientos de ira, de envidia, y de soberbia? ¿La has dispuesto su mansion en medio de todos estos monstruos? ¡Ah! Eso es entregarla á sus enemigos, y ponerla en las manos de sus verdugos.

Ya estamos examinados, me respondereis acaaso; ya nos hemos confesado antes de llegar á recibirla. ¡Ah, Católicos! ¿Y vais á recibir á Jesu-Christo con la misma boca de donde habeis vomitado vuestras iniquidades? ¿Y os atreveis á llegar al Altar á participar de

los Misterios santos, con un corazón en que aun humean mil pasiones mal apagadas, y que volverán á encenderse el día despues? ¿Y vais á comer el pan de los escogidos, con la imaginacion aun manchada con las frescas ideas de los excesos que acabais de referir al Confesor? ¿Es posible que al levantaros del confesonario habeis de usar de la comunión como de penitencia? ¿Vais sin intermision desde el pecado al Altar? ¿En vez de derramar lágrimas entre los penitentes, quereis ir á consolaros con los justos? ¿En vez de sustentaros con el pan de la tribulacion, correis apresurados al festín delicioso? ¿En vez de estar como el Publicano á la puerta del templo, os acercais temerariamente al Santo de los Santos? Antiguamente no llegaba un penitente á la mesa del Señor sino despues de muchos años de humillacion, de ayunos, de oracion, de austeridad, y despues de haberse purificado con las lágrimas, con el dolor, y con los ejercicios públicos de una trabajosa disciplina; se formaban nuevos hombres; no les quedaba de la antigua vida mas que un sincero pesar; no veían, finalmente, señales de las pasadas culpas, sino en la penitencia y maceraciones con que las habian expiado: la Eucharistía era entonces el pan celestial, del que no comía el hombre pecador, sino á costa del sudor de su rostro; y hoy creemos que el haber confesado las culpas es haberlas ya castigado: que una absolucion, que supone un corazón contrito y humillado, le forma ella misma; y que toda la pureza que pide la carne de Jesu-Christo en el que la recibe, consiste en que haya descubierto la podredumbre é infección de sus llagas; Comuniones indignas, Católicos. Comeis y bebeis vuestro juicio: por mas que os aseguren, sabed que el hombre no puede justificaros quando Dios os condena.

Por otra parte, la Eucharistía es un Azimo puro, y es necesario hallarse sin fermento alguno para comerle.

De-

Decidme, pues, ¿aquellas personas del mundo, que por razon de una solemnidad se determinan á llegar á la Eucharistía, han dexado ya el antiguo fermento quando llegan al Altar? ¿No llevan aun viva la raíz de todas sus pasiones? Inferidlo por las conseqüencias. Al salir de la sagrada mesa se hallan con las mismas disposiciones; sus rencóres no se han extinguido; el imperio de su voluntad no se ha debilitado; el deseo de los placeres no se ha minorado en ellos; la inclinacion al mundo no es menos rápida que antes; la concupiscencia nada ha perdido de sus antiguos derechos; no se vé que usen de mas precauciones que antes contra los peligros ciertos: vuelven á entablar sus conexiones, á revivir sus pasiones; todo vuelve á estar como antes, y solo tienen de mas que en su primer estado, el haber profanado este terrible misterio; ¿y de qué proviene esto? De que el confesarse simplemente, no es haberse exáminado.

Además: es la vianda de los fuertes. Una alma flaca, vacilante, poco segura, que se mueve á todos vientos, que cede al primer obstáculo, que se rompe contra el primer escollo, que cada instante huye de la gracia, que tiene larga experiencia de su fragilidad, que no lleva al Altar mas que unas promesas, mil veces violadas, y una devocion, á la que sofoca el primer deleyte, que desde sus primeros años vive en el comercio de sus flaquezas y de las cosas santas, y ha visto siempre suceder las culpas al arrepentimiento, y los Sacramentos á las recaídas: una alma de este carácter, ¿es por ventura una alma fuerte? ¿No debe probarse, crecer, fortalecerse, y ejercitarse en la caridad? ¿Quando apenas puede digerir la leche, podrá, sin imprudencia, cargarse de una vianda sólida, que solo puede servir de mantenimiento á el hombre perfecto?

Mandabase en la Ley antigua, que si la víctima que

que se acababa de sacrificar, (a) se ponía en un vaso de tierra, este se rompiese inmediatamente; pero que si el vaso era de metal, se lavase y limpiase. Parece que estas circunstancias, señaladas con tanto cuidado, no serian dignas del Espiritu Divino, si no encerrarán instrucciones y misterios. Una alma fragil que recibe la verdadera víctima es semejante al vaso de tierra que se rompe, y no puede resistir á la violencia de este sagrado fuego: Pero el alma fuerte como el bronce, se purifica en él, y dexa en él las mas leves manchas, quedando mas pura y mas brillante. ¿Qué es lo que sucede, segun dice Jesu-Christo, quando se echa vino nuevo en una vasija vieja y gastada? pierdese el vino, y se sale. ¿Qué quiere decir esta Parábola? Echais el vino místico, este vino que engendra Virgenes, cuya fuerza embriaga santamente á las almas castas, le echais en un corazon gastado, y debilitado con las antiguas pasiones: Pues no me admiro de que no pueda sufrir su fuerza, de que no pueda mantenerse en él la Sangre de Jesu Christo, ni de que en la primera ocasion que se ofrezca, la derrameis, y piseis. Era menester acostumbrar vuestro corazon poco á poco, prepararle con el retiro, con la oracion, con el huir las ocasiones, con las continuas victorias contra vosotros mismos, y con estas largas y prudentes pruebas, fortalecerle, y ponerle en estado de recibir á Jesu-Christo.

Llega el tiempo de la Pasqua de los Christianos: Pues sabed que Jesu-Christo no celebra su Pasqua sino con sus discipulos: *Cum Discipulis meis facio Pascha.* (b) ¿Y en qué os parece que consiste el ser su discipulo? Consiste en negarse á sí mismo, en llevar su Cruz, y seguirle: ¿Sois mortificado en vuestros deseos, paciente

(a) *Levit. 6. v. 28.* (b) *Matth. 26. v. 18.*

en vuestras aflicciones, y seguís las huellas que os dexó señaladas Jesu-Christo? Ser su discipulo consiste en amarse unos á otros: ¿y cuántas veces habeis venido á comer este pan de union; cuántas veces os habeis presentado en este festin de caridad, llevando en el corazon una oculta hiel de amargura contra vuestro hermano? ¿Cuántas veces habeis llegado á ofrecer vuestro presente en el Altar sin haberos reconciliado con él?

Finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados aún los mas resplandecientes Astros; tan Santo, que despues de la caída del Angel fue preciso que se rompiese el cielo, se abriesen los abismos, y que quedase un eterno caos entre él y el pecado; tan zeloso, que qualquiera extraño deseo le ofende: Y así, Católicos, es necesario que exâmineis vuestras inclinaciones; ¿fomentais aún en vuestro corazon aquellos deseos del siglo, de que habla el Apostol? pues para dar á Dios la gloria que se merece, exâminad de este modo vuestro corazon en su presencia: Voy á tomar por sustento á Jesu-Christo, y convertirle en mi propia sustancia; pero luego que haya entrado en mi alma, y que distinga las intenciones, las inclinaciones mas secretas, ¿hallará acaso alguna cosa que sea indigna de la santidad de su presencia? Irá primeramente al origen y principio de mis desordenes; exâminará si está arrancada la raiz, ó solamente suspendido el curso: verá quales son aún las pasiones dominantes en mi alma, qual es el peso que hace todavia inclinar el corazon: ¡Oh! ¿Podrá acaso decir, como en otro tiempo quando entró en la casa de Zaqueo: Hoy ha llegado la salud á esta casa? he detestado, por ventura, de buena fé, aquella passion tan fatal á mi inocencia, aquel enojo de que acabo de arrepentirme á los pies del Confesor, aquella idolatría de las riquezas que me obliga á tan injustos tratos, aquella passion desordenada por el juego, perjudicial á mi

mi salud, á mis intereses, y á mi salvacion? ¿Aquel humor inconstante y molesto, que se enardecia con el menor motivo? ¿Aquella vanidad que me saca de la clase en que me dexaron mis mayores? ¿Aquella envidia que siempre me ha hecho mirar con pesar la prosperidad ó reputacion de mis iguales? ¿Aquel genio soberbio y censurador, que de todo juzga, sin juzgarse jamás á sí mismo? ¿Aquella passion al regalo y al deleyte, que es como mi propio sér y naturaleza? ¿La confesion que acabo de hacer con el Ministro de Jesu-Christo las ha desarraigado todas de mi corazon? ¿Soy yo una nueva criatura? Solamente un hombre resucitado puede aspirar á comer este pan celestial, que yo acabo de recibir: ¿Soy, por ventura, tal en vuestra presencia, oh Dios mio? ¿No me llamaba vivo estando aún en la realidad muerto? ¿Entrando el fuerte armado en mi alma, la poseerá en paz, sin hallar siete espíritus inmundos que le arrojen de ella? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro Christo, vuestro Santo baxe á la corrupcion: De este modo, Católicos, se debe exâminar el alma. Antiguamente prohibió el Señor á los Judios que ofreciesen miel y levadura en los Sacrificios; pues ved si al acercaros al Altar, llegais á él con la levadura de vuestras culpas, y con la miel de vuestra concupiscencia; esto es, aquel gusto del mundo y del deleyte, aquel caracter sensual, enemigo de la Cruz, é incompatible con la salvacion, y si no os conoceis bastante puro, no os acerqueis. Esta Carne santa, dice el Profeta, no os quitará vuestra malicia, antes añadirá otra nueva; vuestra religion será vana, vuestro culto idolatría, vuestro Sacrificio un sacrilegio.

Exâminaos, pues, á vos mismo, y despues comed de este pan celestial; pero no debeis contentaros con el simple discernimiento, y con el exâmen: Con esto no habeis hecho mas que apartar los obstáculos; pero no habeis puesto las ultimas disposiciones: habeis separado todo lo



que podía desterrar de vuestras almas á Jesu-Christo, pero no habeis adquirido lo que podía atraerle á ellas; habeis tomado las medidas para no recibirle indignamente: pero no las habeis tomado para recibirle con fruto: no basta el estar libres de culpas, es necesario estar revestidos de justicia y santidad: no basta el no hacerle traicion con Judas, es necesario amarle con los otros discipulos: en una palabra, es poco el no ser mundano, profano, sensual, carnal, sobervio, vengativo, y obstinado; es necesario ser grave, suave, humilde, firme, casto, fiel y christiano. Siempre que hagais esto, hacedlo en mi memoria: que es la tercera disposicion, comulgar en memoria de Jesu-Christo.

*Tercera Reflexion.* ¿Qué os parece que es comulgar en memoria de Jesu-Christo? Primeramente, Católicos, es acordarse de lo que pasó en el corazon del Señor, quando instituyó este adorable Sacramento. Mucho he deseado, decia el Señor á sus discipulos, el comer esta Pasqua con vosotros: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.* (a) Suspiraba por este feliz momento; no le perdía de vista; su memoria le consolaba de todas las amarguras de su pasion: *Antequam patiar.* ¿Qué quiso enseñarnos con esto, Católicos? ¡Ah! Que es necesario llevar á esta Mesa Divina un corazon abrasado, penetrado, consumido de amor; un corazon impaciente, fervoroso, y deseoso; una hambre y una sed de Jesu-Christo; un gusto avivado con el amor; en una palabra, una fé ardiente que nos haga amar. Este pan, dice un Santo Padre, pide un corazon hambriento: *Interioris hominis querit esuriem.* (b) ¡Ah, Señor! dice entonces el alma fiel con

(a) *Luc. 22. v. 15.* (b) *August. in Confes. lib. 5. cap. 5.*

San Agustin. ¿Quién me concederá que vos vengais á mi corazon para tomar posesion de él; para llenar todo su vacío, para reynar solo en él, para morar allí conmigo hasta la cosumacion de los siglos: para servirme allí de todo; para ser mis mas castas delicias; para derramar en él mil secretos consuelos; para saciarle, para embriagarle, para hacerle olvidar de mis desgracias, de mis inquietudes, de mis vanos placeres, de todos los hombres, de todo el mundo, y dexarme todo para vos, para gozar de vuestra presencia, de vuestra conversacion, de las dulzuras que preparais á los que os aman? Puede ser, Señor, que la casa de mi alma no esté suficientemente dispuesta para recibirlos; pero vos podeis adornarla: puede ser que veais en ella algunas manchas que os aparten; pero vos la purificareis con vuestro divino contacto: puede ser que distingais en ella enemigos invisibles: ¿pero no sois vos el fuerte armado? Vuestra sola presencia los disipará, y todo quedará en paz luego que vos tomeis la posesion: acaso hay en ella arrugas que la afean; pero vos renovareis su juventud como la de la Aguila: acaso está aun manchada con las reliquias de sus pasadas infidelidades; pero vuestra Sangre acabará de lavarlas. Venid, Señor, y no tardeis: con vos me vendrán todos los bienes; despreciado, perseguido, afligido, despojado y calumniado, en nada tendré todas mis desgracias desde el instante en que vos vengais á consolarme: honrado, favorecido, elevado, y lleno de abundancias, ninguna de estas vanas prosperidades me moverá, ni me parecerán apreciables desde el instante en que me hagais gustar vuestra suavidad. Estos son los deseos con que debemos llegar al Altar.

¡Pero ay! Unos llegan con una repugnancia criminal; necesitan que se ofrezcan ocasiones para acabar de resolverse, porque si no nunca se acordarian de llegar á la sagrada mesa. ¿Pero qué digo ocasiones? Son necesarios